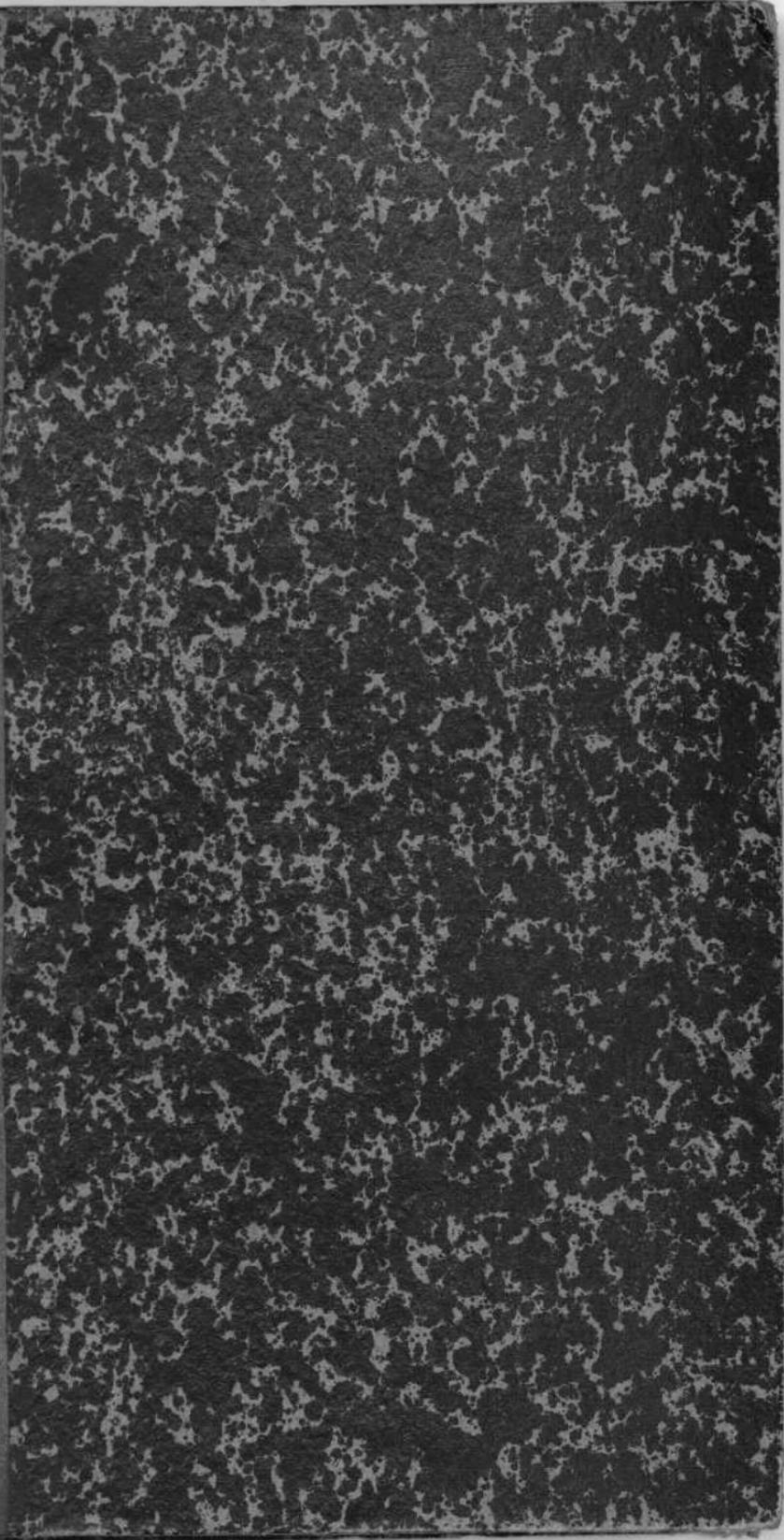


7.





: Carlos de Montero :

de la R. A. Sevillana de Buenas Letras

LAS MUJERES DEL QUIJOTE

: MARCELA :

APROPÓSITO

DON QUIJOTE

Precio: UNA PESETA

1917

TIP. DE JOSÉ SÁNCHEZ

MURCIA

OBRAS DE CARLOS DE MONTERO

LUJOSAMENTE EDITADAS

DEPORTES POÉTICOS

131 sonetos varios - Poesías diversas - A NICE (semipoema). Hazell, Watson & Viney, Ld. Londres, 1912. Precio, 4 ptas.

EL DESCUBRIDOR DEL POLO NORTE (Semipoema). Hazell, Watson & Viney, Ld. Londres, 1913. Precio, 3'50 ptas.

PERSONAJES Y PERSONILLAS

284 semblanzas. Edición con el retrato del autor. Hazell, Watson & Viney, Ld. Londres, 1913. Precio, 5 ptas.

HALIMA

(Novela árabe). Madrid, 1914. Precio, 3'50 ptas.

REPÚBLICA ZOOLOGICA, REINOS VEGETAL Y MINERAL.—Artística cubierta en colores de Vázquez-Díaz. 290 sonetos. Madrid, 1914. Precio, 3'50 ptas.

BIOGRAFÍAS DE HOMBRES CÉLEBRES

Con un prólogo del Excmo. Sr. Marqués de SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS. Cubiertas en colores de Alejandro Pardiñas. Dos volúmenes de LIV — 362 y XVI — 408 páginas. 750 Biografías. La obra, 8 pesetas. Madrid, 1916.

PRÓXIMA PUBLICACIÓN

SEMBLANZAS DE MUJERES FAMOSAS

Ilustraciones del notable pintor y dibujante José Marín-Baldo.

OBAIDALAH (novela)

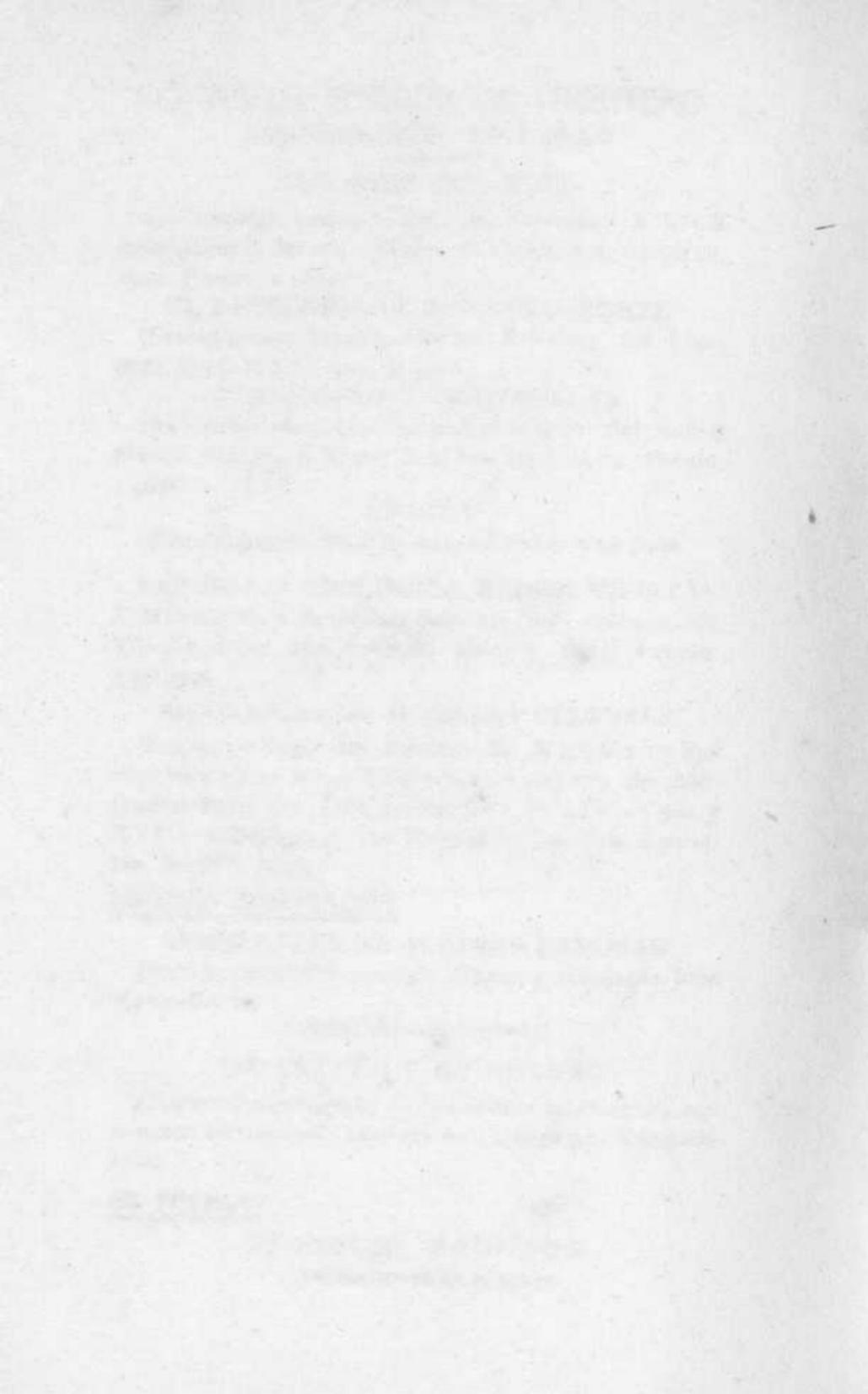
DE ANTAÑO Y DE HOGAÑO

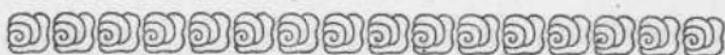
(Bocetos mitológicos - Brochazos históricos). 200 sonetos burlescos. Cubierta en colores por Vázquez-Díaz.

EN PRENSA

Sonetos satíricos

ILUSTRACIONES DE F. RIBAS





Carta explicación

A la encantadora y genial Señorita

María Casalins

El insigne Comisario Regio de la Universidad, presidente de la Diputación provincial y del Casino de Murcia, Don Vicente Llovera, iniciador de la fiesta en conmemoración de Cervantes, recientemente celebrada, con tanto éxito, en el teatro Romea, me honró indicándome que me encargara de describir una de las Mujeres del Quijote, y acepté, desde luego, su amable invitación, reservándome que fuese usted la Señorita que, con el arte supremo por usted demostrado en tantas otras solemnidades análogas, desempeñara el monólogo que yo escribiera.

Dignóse usted acoger mi deseo y eligió, con sumo acierto, el interesante episodio de *Marcela*.

Desgraciadamente por afectar sus sentimientos más naturales la pérdida de un deudo respetable y amado, no pudo realizarse el anhelo de ambos, y ya que la participación suya, no tuvo efecto, he creído deber de cortesía y reconoci-

miento hacia Vd. publicar un trabajo cuyo único mérito hubiera sido el encanto de su presencia en la escena, la ejecución maravillosa, el triunfo, una vez más, que sus admirables facultades, de actriz y cantante, le han valido las ocasiones anteriores en que bondadosamente puso al servicio de obras de caridad las dotes excepcionales que Murcia entera ha sancionado con sus elogios y sus aplausos.

Alguien que, por su figura y su idiosincracia, es la representación genuina de célebre hidalgo manchego, me aseguró que gustoso cooperaría al éxito de la función cervantina encargándose del papel del Caballero andante, y pareciéndome su concurso de interés extraordinario me apresuré á hilvanarle su parte, considerando yo que sería, en efecto, digno remate de la representación en que figuran en escena las difentes mujeres del libro inmortal el aparecer Don Quijote en carne y hueso, á saludarlas, reunidas todas aquellas para recibir su visita.

No cuajó la idea, y perdió Murcia la ocasión de ver por sus propios ojos el ejemplar perfecto y típico del asendereado Don Alfonso Quijada, ó sea del auténtico Don Quijote de la Mancha.

Como Vd. coincidió conmigo en que ese cuadrito no hubiera desentonado en el conjunto de la brillante función, añadido al episodio de *Marcela* la publicación del papel que hice para el Don Quijote viviente hoy entre nosotros.

No desconozco que obritas una y otra de circunstancias, trazadas con la premura del momento, destinadas a impresión pasajera y vida efímera, podría excusarme de darlas a la publicidad; pero he tenido en cuenta, puesto que usted no pudo cooperar á la obra caritativa en pró del Sanatorio Antituberculoso, que le será grato aso-

cie su nombre á la impresión de este opúsculo destinando el producto en venta del mismo, a que su óbolo y el mío aumente, poco ó mucho, el caudal que ha de hacer viable el noble pensamiento de la iniciadora de tan piadoso y benéfico Instituto, que será honra de nuestra querida Murcia, y timbre de eterna gloria para sus patrocinadores.

De Vd. distinguida amiga, su más adepto admirador

Carlos de J. Contero

Murcia, Abril de 1917





Escena I

(La escena deberá representar un paisaje adecuado al papel de la actriz),

Aparece Marcela en traje de pastora y recita:

¡Prados amenos, selvas encantadas,
testigo sed de mi pesar profundo!
¡aves canoras, brisas perfumadas,
propagad mis agravios por el mundo!
¡ninfas del bosque, protectoras hadas
de las pastoras, cése el iracundo
temporal en mi daño desatado,
libradme de mi sino infortunado!

¿Porqué mi soledad apetecida
turban en asechanza impertinente
los hombres con su vista aborrecida?
¿Porqué, si a su afección indiferente
me sustraigo cien veces con la huida
me buscan y me siguen tenazmente?
¿Porqué hacerme escuchar su hondo lamento
que a todas horas me repite el viento?

Nací de padres ricos, respetados
por su gran corazón y caridad
con los pobres y los desheredados,
modelos de justicia, de bondad
y de mútua afección, dignos y honrados:
su cristiana conducta, su piedad,
les ganaba el amor, puro y sincero,
de sus amigos y del mundo entero.

Pero en hora fatal, mi nacimiento
ocasionó la muerte inesperada
de mi madre infeliz; el sentimiento
de mi padre, por él idolatrada,
le sumió en tan tristísimo tormento
que acortó su existencia, trabajada
por la desgracia que le había herido,
yendo a reunirse con el ser querido.

Huérfana a la niñez, fuí recogida
por un deudo cercano, venerable
sacerdote de fama merecida,
por su talento y rectitud notable,
quien desde entonces consagró su vida
a suplir el vacío lamentable
de la pobre horfandad e infausta suerte
a que me condenó la odiada Muerte.

Yo era feliz en la mansión hermosa
de mi tutor amante; su dulzura
hacía mi existencia venturosa;
recreando mis ocios la lectura:
mimada con exceso, cariñosa
pagaba con mi afecto su ternura;
mis amigas me amaban a porfía,
yø con el alma entera las quería.

Pero no era feliz completamente:
la vida sedentaria, el obligado
cuchicheo local; el persistente
empeño de tantísimo obcecado
en hacerme aceptar su amor ferviente,
logrando de mi tío algún osado
el consejo de ser su prometida,
hiciéronme la aldea aborrecida.

Entonces decidí ¡triste aventura!,
abandonar la casa hospitalaria
testigo fiel de mi infantil ventura,
ahora por mi ausencia solitaria:
y en busca de sosiego, la espesura
de los bosques, con ansia temeraria
recorrí satisfecha, y de señora
acabé convirtiéndome en pastora.

¡Oh grata libertad, preciado ambiente
en medio de florestas y praderas,
lejos del mundo y libre de la gente,
de envidias y asechanzas traicioneras,
segura de mirada impertinente,
exenta de peligros y quimeras,
gozando de la paz y la belleza
que pródiga nos dá Naturaleza!

El sol dora los montes y los prados,
anima las ciudades y los mares;
los árboles de mil frutos cargados
exiben sus productos singulares;
los ríos, las cascadas, los sembrados.
los pájaros parleros por millares,
las fieras con su indómita pujanza,
los mansos animales de labranza:

Los aromas de flores campesinas;
las auras murmurando entre las ramas;
los arroyos de formas peregrinas;
los estanques do lucen sus escamas
peces de mil colores; las gallinas
mostrando su contento, (como amas
del poblado corral), al gallo infiel;
las abejas labrando rica miel:

El fuerte jabalí, el ágil gamo,
la liebre recelosa y corredora,
la perdíz azorada que al reclamo
suele caer en trampa y se adolora
de verse en el poder de inícuo amo
que la condena a muerte pecadora;
los faisanes magníficos de raza
que convidan a darles fiera caza:

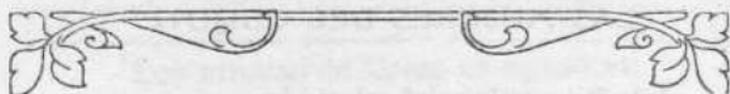
El ganado que alegra y que acompaña
al paciente pastor en su faena;
el dulce son de flauta de una caña,
invento que sus ocios enagena;
la augusta majestad de la campaña;
la vida en paz, la soledad amena,
todo mi encanto, mi soñado anhelo,
se ha trocado en congoja y desconsuelo.

Jóvenes disfrazados de pastores
me siguen pertinaces noche y día;
en endechas y coplas, sus amores
me pintan con ardiente idolatría;
por do quiera que paso encuentro flores
y escritos expresivos; la armonía
de sus rabeles y de tiernos cantos
alternan con su rabia y tristes llantos.

¡Inútil pertinacial mi razón
no alcanza a disculpar tamaño asedio:
insensible al amor, mi corazón
me inspira sólo indiferencia y tedio,
aun más que vanidad o compasión,
para los que creyendo bueno el medio
de fingirse pastores, me cortejan
y lejos de agradarme, así me vejan.

Yo no rehusó el trato permitido,
amable discusión, coloquio ameno,
con ninguno que aspire a ser tenido
por amigo leal, sincero y bueno;
pero á cuanto doncel ha se atrevido
a expresarme un amor que yo condeno,
lo he dicho francamente mi sentir:
¿Por qué, desengañado, el insistir?





Escena II

Retrato de Marcela

Me dotó naturaleza
de gracias excepcionales;
todos loan mi belleza,
y no atacan mi pureza
ni mis más fieras rivales.

Soy hermosa ciertamente
y es hipócrita nergarlo,
pues el espejo no miente
de la clara y limpia fuente
que está pronta a atestiguarlo.

Mis ojos, por sus destellos,
a modo de ardientes soles,
todos los encuentran bellos:
son sedosos mis cabellos,
muy negros, muy españoles.

Tengo una boca hechicera
cuya sonrisa enamora;
por su pequeñez pudiera
perjudicar que luciera
las perlas que ella atesora.

Mis mejillas sonrosadas
causan envidia a las flores,
con las que son comparadas
en las trovas exaltadas
de mis tiernos trovadores.

Mi cuerpo, esbelto y flexible
como el lirio y la azucena,
y cual sus tallos movable,
aún al ser más insensible
lo arrebató y lo enajena.

Mi mano, extremo primor
de suave morbidéz,
es un poema de amor;
y mi pié causa dolor
verlo, por su pequeñez.

Mi garganta nacarada
y mi busto estatuario
hacen fijar la mirada,
y es mi cintura admirada,
a la vez gozo y calvario.

Tengo gracejo al hablar,
alaban mi entendimiento,
mi gracioso caminar,
mi gentileza al bailar,
y mi artístico talento.

Mas me tachan de orgullosa,
de terca, cruel y esquiva,
de insensible y vanidosa,
porque rechazo juiciosa,
cual tímida sensitiva.

Amor que no me conmueve,
ni afecta mi corazón;
y si hay necio que se atreve
a considerarme aleve,
no es justicia ni es razón.





Escena III

Invocación

¡Salve, virgen santísima, Maria
inmaculada y pura, celestial:
ved, excelsa Señora, la mortal
tortura que acongoja el alma mia.

En vano, mi bondad me impulsaría
a mostrarme benigna por igual
con todos los que sufren por mi mal
y luchan por lograr mi simpatía.

¿Es posible que siendo más de uno
los que pretenden conseguir mi mano
se contenten, excepto el victorioso?

Y si mi corazón no es de ninguno,
¿porqué tachar mi trato de inhumano?
ved, Señora, mi caso lastimoso.

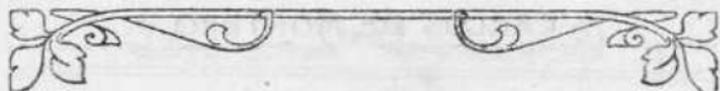
Un fingido pastor, más porfiado
que todos los que aspiran a mi amor,
me persigue con cantos de dolor,
con transportes de un ser alucinado.

Sus extremos de tierno enamorado,
por sinceros que sean, mi pudor
impídeme atenderlos, ni el temor
de que ciego cometa un atentado.

Yo no comparto su pasión, y fuera
engaño miserable el alentarle
a esperar me conmueva su amargura.

Ni por nada del mundo yo pudiera
rendirme a sus deseos sin amarle:
¡esto, en vez de bondad, fuera locura!





Escena 17

Las hayas de estos confines
donde me place vagar,
viendo mis cabras pastar,
guardadas por los mastines,
defensa de malandrines
y de mozos presuntuosos,
tienen sus troncos añosos
llenos del nombre *Marcela*,
circunstancia que revela
mil ensueños amorosos.

Mi disfraz ha convertido
en nueva Arcadia estas breñas;
y del hueco de las peñas,
cual de la altura del nido
donde el jilguero sentido
le responde al ruisegor,
rueda el eco de dolor
de los heridos donceles,
que al compás de sus rabeles
lanzan sus trovas de amor.

Mas los supuestos pastores
que en estos sitios suspiran,
ninguna pasión inspiran:
sus cánticos seductores
escuchan sólo las flores,
los árboles silenciosos
y los montes escabrosos,
no las gentiles pastoras
que junto a mí a todas horas
desdeñan cantos ociosos.

En vano luchan osados
contra la resolución
de salvar el corazón
de sus dardos inflamados;
y si al fin desengañados
se alejaran de esta sierra
terminando así la guerra
a nuestro libre albedrío,
¡bien haya su desvarío!
la paz volverá a la tierra.





Escena V

(En la escena, que representará un prado, deberán hallarse algunas de las amigas de Marcela, que siguiendo su ejemplo, según en el Quijote se expresa, se vistieron, como aquella, de Pastoras, yendo al campo á conducir sus ganados).

(Marcela hará su entrada en el escenario como afecta de intensa preocupación.—Las pastoras, al llegar, exclamarán:

—¡Marcela!

(Marcela, declamando:)

Dejad, amigas mías, que tranquilice en vuestro cariño y agradable compañía mi corazón angustiado.

—Las Pastoras.—¿Qué te ocurre? ¿Porqué estás tan demudada? Entéranos de todo.

—Os referiré, como deseais, los momentos penosos que acabo de pasar.

Sabía, como todas vosotras, el miserable fin del desgraciado estudiante Grisóstomo, y la casualidad, mas que mi expreso propósito, ha querido que me hallara entre mis peñas predilectas desde donde ví llegar, compadecida, el cortejo fúnebre y detenerse, no lejos del sitio designado

por Grisóstomo para ser sepultado, o sea donde por primera vez me vió y donde le desengañé por última vez.

Acompañábanle a su postre morada muchos amigos y estudiantes, entre ellos su íntimo Ambrosio, y todos los admiradores y pretendientes míos, sus rivales, transformados en pastores, así como varios caballeros y sus sirvientes, y el famoso caballero andante Don Quijote de la Mancha, seguido de su fiel escudero Sancho Panza.

Apenas pusieron en tierra las parihuelas en que cubierto de coronas y de flores, había sido conducido el cadáver, en hombros de sus amigos, dijo Ambrosio a los asistentes:

«Ese cuerpo, señores, que con piadosos ojos estais mirando, fué depositario de un alma en quien el cielo puso infinita parte de sus riquezas. Ese es el cuerpo de Grisóstomo, que fué único en el ingenio, sólo en la cortesía, extremo en la gentileza, fénix en la amistad, magnífico sin tasa, grave sin presunción, alegre su bajeza, y finalmente, primero en todo lo que és ser bueno, y sin segundo en todo lo que fué ser desdichado.»

«Quiso bien, fué aborrecido; adoró, fué desdeñado; rogó a una fiera, importunó a un mármol, corrió tras el viento, dió voces en la soledad, sirvió a la ingratitud, de quien alcanzó por premio ser despojo de la muerte en la mitad de la carrera de su vida, a la cual dió fin una pastora, a quien él procuraba eternizar para que viviera en la memoria de las gentes, cual lo pudieran mostrar bien esos papeles que estais mirando, si él no me hubiera mandado que los entregara a

fuego en habiendo entregado su cuerpo a la tierra.» (1)

Tató el caballero Vivaldo de que no se cumpliera esta parte del mandato de Grisóstomo, pero no se prestó a ello Ambrosio, consitiendo sólo que leyera el papel de que se había apoderado, o sea la *Canción desesperada*, última que me dedicó, y que, recuerdo comiënza así:

Canción Desesperada

«Yá que quieres, cruel, que se publique
de lengua en lengua, y de una en otra gente,
del áspero rigor tuyo la fuerza,
haré que el mismo infierno comunique
al triste pecho mió un son doliente,
con que el uso común de mi voz tuerza,
y al par de mi deseo que se esfuerza
a decir mi dolor y tus hazañas,
de la espantable voz irá el acento,
y en él mezclados por mayor tormento
pedazos de las miseras entrañas. (2)

.
.
.
.

No siëndo posible resistir al impulso de justificarme, me adelanté por encima de la peña donde se cavaba la sepultura, apareciendome a las

(1) «El Quijote» Parte primera, cap. XIII.

(2) «El Quijote» Parte primera, cap. XIV.

atónitas miradas de todos. Ambrosio, al verme, dijome indignado:

«¿Vienes á ver por ventura, oh fiero basilisco de estas montañas, si con tu presencia vierten sangre las heridas de este miserable a quien tu crueldad quitó la vida; ó vienes a ufanarte en las crueles hazañas de tu condición, o a ver desde esa altura, como otro despiadado Nerón, el incendio de su abrasada Roma, o a pisar arrogante este desdichado cadáver, como la ingrata hija al de su padre Servio Tulio? Dinos pronto a lo que vienes, o qué es aquello de que más gustas, que por saber yo que los pensamientos de Grisóstomo jamás dejaron de obedecerte en vida, haré que aún él muerto, te obedezcan los de todos aquellos que se llamaron sus amigos» (1).

—(Marcela) «No vengo, oh Ambrosio, le contesté yó, a ninguna cosa de las que has dicho, sinó a volver por mi misma, y a dar a entender cuán fuera de razón van todos aquellos que de sus penas y de la muerte de Grisóstomo me culpan. Y así ruego a todos los que aquí estais me esteis atentos, que no será menester mucho tiempo ni gastar muchas palabras para persuadir una verdad a los discretos.

»Hízome el cielo, según vosotros decís, hermosa y de tal manera, que sin ser poderosos a otra cosa, a que me ameís, os mueve mi hermosura, y por el amor que mostráis decís que aún quereis que esté yo obligada a amaros, yo conozco con el natural entendimiento que Dios me ha dado, que todo lo hermoso es amable; más no alcanzo

(1) «El Quijote» Parte primera, cap. XIV.

que por razón de ser amado, esté obligado lo que és amado por hermoso a amar a quien le ama; y más que podría acontecer que el amador de lo hermoso fuese feo, y siendo lo feo digno de ser aborrecido, cae muy mal el decir: quieroté por hermosa, hazme de amar aunque sea feo. Pero puesto caso que corran igualmente las hermosuras, no por eso han de correr iguales los deseos, que no todas las hermosuras enamoran, que algunas alegran la vista y no rinden la voluntad; que si todas las bellezas enamorasen y rindiesen, seria un andar las voluntades confusas y descaminadas, sin saber en cual habian de parar, porque siendo infinitos los sujetos hermosos, infinitos habian de ser los deseos; y según yó he oído decir, el verdadero amor no se divide, y ha de ser voluntario y nó forzoso.

›Siendo esto así como yo creo que lo és, ¿por qué quereis que rinda mi voluntad por fuerza, obligada no más de que decís que me quereis bien? Sinó decidme; si como el cielo me hizo hermosa me hiciera fea, ¿fuera justo que me quejara de vosotros, porque no me amabais? Cuánto más que habeis de considerar que yó no escogí la hermosura que tengo, que tál cual es, el cielo me la dió de gracia sin yó pedirla ni escogerla; y asi como la vibora no merece ser culpada por la ponzoña que tiene, puesto que con ella mata, por habersela dado naturaleza, tampoco yó merezco ser reprendida por ser hermosa, que la hermosura en la mujer honesta es como el fuego apartado, o como la espada aguda, que ni él quema ni ella corta a quien a ellos no se acerca.

»La honra y las virtudes son adorno del alma, sin los cuales el cuerpo, aunque lo desea no debe de parecer hermoso; pues si la honestidad es una de las virtudes que al cuerpo y al alma mas adornan y hermocean, ¿porqué la ha de perder la que es amada por hermosa, por corresponder a la intención de aquél que por sólo su gusto con todas sus fuerzas e industrias procura la pérdida?

»Yo nací libre, y para poder vivir libre, elegí la soledad de los campos; los arboles de estas montañas son mi compañía, las claras aguas de estos arroyos mis espejos: con los árboles y con las aguas, comunico mis pensamientos y hermosura.

»Fuego soy apartado, y espada puesta lejos. A los que he enamorado con la vista he desengañado con palabras; y si los deseos se sustentan con esperanzas, no habiendo yó dado alguna a Grisóstomo ni a otro alguno, el fin de ninguno de ellos, bien se puede decir que antes lo mató su porfia que mi crueldad; y si me hace cargo que eran honestos sus pensamientos y que por esto estaba obligada a corresponder a ellos, digo que cuando en ese mismo lugar donde ahora se cava su sepultura me descubrió la bondad de su intención, le dije yó que la mia era vivir en perpetua soledad, y de que sólo la tierra gozase el fruto de mi recogimiento y los despojos de mi hermosura: y si él con todo este desengaño quiso porfiar contra la esperanza y navegar contra el viento ¿qué mucho que se anegase en la mitad del golfo de su desatino?

»Si yó le entretuviera, fuese falsa; si le contentara, hiciera contra mi mejor intención y supuesto.

»Porfió desengañado, desesperó sin ser aborrecido; mirad ahora si será razón que de su pena se me dé a mi la culpa.

»Quéjese el engañado, desesperase aquél a quien le faltaron las prometidas esperanzas, confiese el que yó llamase, ufánese el que yó admítiere; pero no me llame cruel ni homicida aquél a quien yo no prometo, engaño, llamo, ni admito. El cielo aun hasta ahora no ha querido que yo ame por destino, y el pensar que tengo de amar por atención es excusado. Este general desengaño sirva a cada uno de los que me solicitan de su particular provecho, y entiéndase de aquí adelante, que si alguno por mi muriese no muere de celoso ni desdichado, porque quien a nadie quiere, a ninguno debe dar celos, que los desengaños no se han de tomar en cuenta de desdenes.

»El que me llama fiera y basilisco, déjeme como cosa perjudicial, y mala; el que me llame ingrata, que no me sirva; el que desconocida, no me conozca; quien cruel, no me siga; que esta fiera, este basilisco, esta ingrata, y esta desconocida, ni los buscará, servirá, conocerá ni seguirá en ninguna manera. Que si a Grisóstomo mató su impaciencia y arrojado deseo ¿porqué se ha de culpar mi honesto proceder y recato? Si yó conservo mi limpieza con la compañía de los árboles, ¿porqué ha de querer que la pierda, el que quiere que la tenga, con los hombres?

»Yo, como sabeis, tengo riquezas propias, y no codicio las ajenas; tengo libre condición, y no gusto de sujetarme; ni quiero ni aborrezco a nadie; no engaño a este, ni solicito aquél, ni

burlo con uno ni me entretengo con el otro. La conversación honesta de las zagalas de estas aldeas, y el cuidado de mis cabras me entretiene; tienen mi deseo por término estas montañas, y si de aquí salen, es a contemplar la hermosura del cielo, pasos con que camina el alma a su morada primera.» (1)

(MARCELA,

DECLAMANDO:)

Esto dije en defensa de mi honor,
la calumnia en mi contra rechazando,
y partí presurosa, no aguardando
la respuesta de Ambrosio, mi ofensor.

Detrás de aquellas rocas me detuve
por calmar la emoción que me embargaba,
y por que ante lo dicho no esperaba
nuevas persecuciones, pero tuve

La certitud contraria al oír decía
el bravo Don Quijote en voz potente;
»Alto, señores, alto; nadie intente
»a Marcela seguir, por vida mía:

»Ella tiene razón, y yó la amparo
»en su derecho a no ser perseguida:
»sinó quereis perder todos la vida,
»respetad su beldad e ingenio raro:

»Mi oficio es proteger a las doncellas,
»sin permitir agravio ni violencia
»que se proyecte hacer a su inocencia,
»y más si, cual Marcela, son tan bellas.

(1) «El Quijote» Parte primera, cap. XIV.

LAS MUJERES DEL QUIJOTE

Gracias al noble caballero andante
pude llegar aquí sin la enojosa
persecución, que raya en afrentosa,
de vanidoso necio o de estudiante.

De ahora, pues, que se respéte espero
mi persona y mi libre facultad
de no sufrir ajena voluntad,
fui honesto, o capricho pasajero.

* * *

¡Oh genios de las selvas protectores!
¡Oh virgen que aceptásteis en Belén
el homenaje y tierno parabién
de sencillos pastoras y pastores!

¡Libradme de importunos trovadores,
dejad que goce el anhelaao bien
de vagar á mi antojo, sín que cien,
pretendientes me canten sus amores!

(DIRIGIÉNDOSE
A LAS PASTORAS)

Corramos libremente estas montañas
entregadas al dulce pastoreo,
y que «odio al amor» sea nuestro mote:

Seamos la admiración de las Españas:
¡guerra incondicional al himeneo!
¡gloria al grande, al heróico don Quijote!

Fin



Escena I

La escena figurará un salón en que aparecerán todas las damas que representaron, individualmente, las diversas mujeres del Quijote. Este; armado con sus habituales arreos, dejando su famoso Rocinante á la puerta exterior del Escenario, y seguido de Sancho Panza, hará su entrada en forma mesmada y solemne, y dirigirá á los congregados su discurso:

¡Salve, nobles princesas y Señoras que me hacéis la merced de congregaros para que vuestras caras seductoras pueda admirar, dichoso al visitaros: bendigo con fervor las dulces horas, los ratos de descanso, en verdad raros, que en mi vida, en extremo aventurera, vuestro encuentro feliz me concediera!

¡Oh tú, mi *Dulcinea del Toboso*, inspiradora de mis altos fechos, resúmen de lo ilustre y de lo hermoso, nacida bajo los reales techos del palacio más grande y más famoso que de allá ni de acá de los Estrechos el universo mundo ha conocido, mansión la más soberbia que ha existido!

Permite, mi adorada Dulcinea,
que con agravio injusto a tu belleza,
otras hermosas con mis ojos vea,
y que loe ante tí su gentileza:
tu sabes bien cuan inmutable sea
mi fé por tí, mi culto a tu pureza,
cómo tu rostro angelical admiro
y como por tu amor peno y deliro.

Señora de mis puros pensamientos,
insomnio de mis noches mal dormidas,
causa de mis temores y tormentos,
consuelo de mis golpes y caídas,
tú que en todos mis trances y momentos
y mis vigiliás más que en mis comidas,
mi espíritu alentarás, se constante
siempre a tu triste caballero andante.

* * *

Marcela, discretísima pastora,
enemiga de Amor y de Himeneo,
cuando por tu belleza seductora
en quien te ve promueves el deseo
de erigirte en su reina y en su señora;
en tus miradas expresivas leo
que a mi felicidad y mi constancia
no le das ni una higa de importancia.

Amor, Marcela hermosa, es el encanto
más grande y general en los nacidos:
hay quien por el amor concluye en santo,
aunque los más terminan en maridos:
amor es entusiasmo y desencanto,
exulta el alma o turba los sentidos,
es hechura de Dios o del demonio,
pero tiene una quiebra: ¡el matrimonio!

* * *

Hermosa *Dorotea*, que venciste
por tu donaire, tu virtud e ingenio
de la trampa de amor en que caiste;
Luscinda encantadora, que a Cardenio
por esposo feliz al fin hubiste;
si don Fernando fué vuestro mal genio,
el mío, por envidia a mi persona,
en mico convirtió Micomicona.

* * *

Bella *Zoraida*, que en Argel nacida
por la fé de María Inmaculada
abandonastes a Aláh, niña instruida
por cautiva cristiana, enamorada
de un cautivo cristiano y conducida
por él a España, su pasión pagada
con tu agradecimiento y tu ternura
obteniendo los dos vuestra ventura.

* * *

Infantil *doña Clara*, que lograste
del constante don Luis pagar tu anhelo
con la fe que en su pecho despertaste;
Leandra caprichosa, desconsuelo
de cuantos por beldad enamoraste;
por un faláz soldado distes al suelo,
que traidor te engañó, menospreciando
cuantos aun por tu amor están penando.

* * *

Tu marido, curioso impertinente,
quiso, *Cámila* hermosa, someter
a prueba tu virtud; cuán imprudente
en ello fuera, claro lo hace ver
que siendo tu leal pura y decente,
y Lotario tan digno, hizoos caer;
suya la culpa, ha sido; ¡expuesto juego
siempre fué y lo será jugar con fuego!

* * *

Tu, *Quiteria* la hermosa, que debías
con el rico Camacho desposarte,
y al engaño ingenioso sucumbías
de Basilio, contenta de ayuntarte
al que desde la infancia preferías;
no ignoras como yo, membrudo Marte,
os defendiera a la andantesca usanza
con pena del goloso Sancho Panza.

Oh *duquesa* gentil, prez y dechado
de lo noble y lo bello; el alma mía
recordando lo bien que me has tratado
de orgullo y de contento se extasía:
el viaje en Clavileño, que ha marcado
meta envidiable en la Caballería,
y todos tus obsequios y finuras
compensan mis más negras desventuras.

Jamás olvidaré, noble *duquesa*,
tu casa cual ninguna hospitalaria
el blando lecho, la abundante mesa,
dignos de tu prosapia nobiliaria:
ni Sancho, que tus pies humilde besa,
hecha en olvido la isla Barataria
en que por tu magnánimo favor
fué celoso, genial gobernador.

Bien veo, enamorada *Altisidora*,
que aun me guardas rencor por mi pureza,
y la fidelidad a mi señora,
que me hizo desdeñar tu gran belleza:
de tu pecho la llama abrasadora
triunfado hubiera al fin de mi entereza,
de no haber yo jurado ser constante
al tobosino sol que ves delante.

¡Ama de mis pecados! tú, inconsciente,
del cura intolerante y del barbero,
la biblioteca que turbó mi mente
entregastes al brazo justiciero:
sobrina bien amada, tú, inocente,
aquel auto de fe, torpe y severo,
auxiliaste en mi daño; sin encono
por tal desaguisado, yo os perdono.

Y tu, pasta de Dios, buena *Teresa*,
que disputaste el gusto a tu marido
de verte, por lo menos de condesa;
la sarta de corales y el vestido
que os mandó generosa la duquesa,
y el ser gobernadora, a tí *Sanchica*
la gloria que os produjo no fué chica.

No podréis negar, almas sencillas,
ama, sobrina y Sancha desconfiadas,
que si bien me molieron las costillas
en no pocas acciones arriesgadas,
hice por esos mundos maravillas,
y que imperios e ínsulas sobradas
tiene para hacer don a su escudero
quien es cual yo tan bravo caballero.

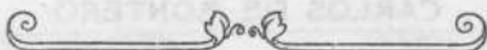
¡Infeliz doña *Claudia!* arrebatada
por celos, casi siempre, mal fundados,
de la vida privaste en forma airada
a tu amado Vicente; castigados
viste, con su inocencia demostrada,
arrebatos e instintos reprobados:
tu viudéz y sincero sentimiento
bien hiciste ocultar en un convento.

Ana Felix graciosa, travestida
en arraez argelino, aunque cristiana,
por hija de moriscos constreñida
a abandonar la tierra castellana,
y de Gregorio por amor seguida,
logrando por tu industria la africana
tierra dejar, mientras tu bien amado
desjastes de doncella disfrazado:

¡Dichosa tú, que por bondad divina
por ajeno delito condenada
a muerte y deshonor, la peregrina
historia de tu vida relatada
a tu perdón la autoridad inclina;
y porque viste alegre la llegada
de tu padre Ricote y de Gregorio,
terminando tu cuita en desposorio.

Permitid que os salude reverente,
estrellas de mi vida de aventuras;
bien quisiera, discreto y elocuente,
enaltecer mejor las fermosuras
vuestras y vuestro mérito eminente:
me limito a auguraros mil venturas,
pues temo que se enfade Dulcinea
si mi labio en exceso os lisonjea





Escena II

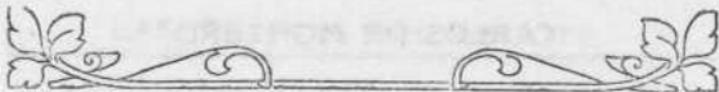
Los altos cielos testigos,
hermosas señoras, son,
de con cuanta decisión
combati mis enemigos:
yo, merecidos castigos
impuse a los ofensores
de doncellas y menores,
de viudas arrepentidas
y de dueñas doloridas;
perseguí los malhechores.

Amparé a los desgraciados
protegí a los desvalidos,
defendí a los ofendidos,
dí consuelo a los cuitados;
los astutos y malvados,
los cobardes y poltrones,
malandrines y follones;
los facedores de tuertos,
fueron por mi mano muertos,
pagando así sus traiciones.

De mi brazo poderoso
el esfuerzo sobrehumano;
el imperio soberano
de mi oficio peligroso;
de mi pecho generoso
la benéfica influencia;
de mi clara inteligencia
el resultado admirable;
de mi campaña notable
visto el mundo ha la influencia.

La perjudicial lectura
de libros de poco seso,
cuyo oportuno proceso
y su condena segura
fué mi mejor aventura,
a causa del menosprecio
en que mi entusiasmo necio
y ridículas acciones
dejó tales aficiones,
háceme digno de aprecio.





Escena III

La historia de mis fechos memorables
al mundo ha de llenar de admiración:
mis peleas, mis triunfos innombrables
serán orgullo y prez de la nación:
ninguno de sus hijos más notables
se me puede igualar: mi corazón
y mi brazo jamás lo superaron
los heroés que los pueblos deificaron.

Los Amadis de Gaula portentosos;
Felixmartes de Hircania reputados;
los Tirantes el Blanco gloriosos;
Belianís y Reinaldos admirados,
Palmerines, Rugeros ardorosos;
Girongilios de Tracia celebrados,
los Lisaurtes de Grecia, Esplandianes,
Rodamontes, Periones y Roldanes;

La pléyade de ilustres caballeros
 que su fama y su nombre acreditaron,
 y cuyos altos hechos justicieros
 los vates más insignes decantaron;
 han sido, sin envidia, los primeros
 que inferiores a mi se declararon:
 mi gloria ha recorrido el Universo
 mi valor ensalzado en prosa y verso.

Yo soy aquél que en singular batalla
 vencí a los paladines más valientes,
 el que impuso respeto a la canalla,
 asombro y alegría de las gentes;
 el que sin prevenir cota de malla
 sin temor a Briareos insolentes,
 a mis piés los gigantes ví rendidos
 de molinos de viento travestidos.

La fuerza irresistible de mi espada
 hizo rodar por tierra al Vizcaino
 que, llevando una dama secuestrada,
 su desgracia lo puso en mi camino:
 yo deshice fortísima mesnada
 o mejor dos ejércitos; mi sino
 fatal hizo que tropas tan lucidas
 viéranse en simples cabras convertidas.

Yo libré á galeotes miserables
 de penar sus malfechos cual forzados
 en galeras del Rey, aunque mudables,
 u obrando como viles desalmados,
 fueron de negra ingratitud culpables:
 Sancho y yo con furor apedreados
 nos vimos, y por sus arteras mañas
 Sancho el rucio perdió de sus entrañas.

Cierta noche oscurísima, espantable realicé una magnífica aventura: muchas luces, cortejo inexplicable, apareció de pronto, y mi bravura lo puso en fuga con valor notable: quedó á mis pies un bachiller o cura por el que supe que les hice tuerto. ¡Pues se trataba de enterrar a un muerto!

Por complacer a Sancho, que sediento iba en busca de algún arroyo o fuente, llegamos a un lugar en que el aliento perdió de miedo al estridor potente de un golpear continuo asaz violento: su astucia me estorbó acudir valiente á una empresa creida de titanes; ¡y eran unos pacíficos batanes!

La rueda desigual de la fortuna, o quiza la maldad de encantadores, me elevaba a los cuernos de la luna o atraíame palos y dolores; unos viles yangueses, sin ninguna piedad nos demostraron sus furores; en cambio en mi socorro un genio vino y logré haber el yelmo de Mambrino.

Fuí maltrecho, encantado en una venta, hice en Sierra Morena penitencia: un caballero audáz estrecha cuenta me pagó de su embuste; usé indulgencia al Carro en que la Muerte huyó contenta por dejarla con vida....; mi presencia aterró a dos fierísimos leones, mostrandose mas tiernos que lechones.

Las bodas de Camacho, convertidas
en duelo de su estólida esperanza,
por una de mis clásicas salidas
a mi gran escudero Sancho Panza
cuya gula no tiene parecidas,
le privó de la más pingüe pitanza:
yo por Basilio el pobre tomé parte
que venció á su rival con mucho arte.

En la cueva infernal de Montesinos
ni grajos, ni murciélagos, ni cuervos
me impidieron gozar los peregrinos
palacios que allí ví; pero protervos
encantadores, viles adivinos
mis goces transformaron en acerbos
sufrimientos del alma; los divinos
arrees de la excelsa Dulcinea
trocan en labradora humilde y fea.

Hoy merced a las anchas posaderas,
de Sancho, con sus manos azotadas,
las galas y facciones hechiceras
de Dulcinea veis transformadas
en sus formas pristinas verdaderas:
gracias, Sancho galán, te sean dadas
por tu admirable y duro sacrificio
que me ha devuelto de placer el juicio.

El retablo atrayente, aunque engañoso
de Maese Pedro diome ocasión
de prestar a Gaiteros el valioso
auxilio de mi brazo, y la función
concluyó así de modo desastroso:
¡digno castigo del faláz ladrón
que por mi amor al prójimo librara,
y con ingratitud vil me pagara!

Sancho, por un rebuzno malhadado,
se expuso al más terrible molimiento
que al mentar casa del ahorcado
la sogá demostró ser más jumento
que el causante del daño ocasionado
a aquél pueblo infeliz en su tormento
por rebuznar muy bien, si bien en valde
dos Regidores, o uno y otro Alcalde.

Me retiré de la agresión prudente,
porqué al fin eran rústicos vilianos
y otra aventura acometí valiente,
la del «barco encantado» de que sanos
Sancho y yo resultamos felizmente:
una aceña que en mis delirios vanos
supuse fortaleza, dió ocasión
a darnos en el río un chapuzón.

Pero ¿a que proseguir? la bienandanzas
en casa de los duques, ya indicadas,
realizaron al fin las esperanzas
por Sancho eternamente ambicionadas.
Callo por bien sabidas las andanzas
de la dueña Trifaldi y las gatadas
que por desatender cuitas de amor
sufrí por un maligno encantador.

Barcelona me vió llegar ansioso
de demostrar allí mi gran bravura;
el pueblo contemplábame curioso;
los chicos reían de mi figura;
Don Antonio, mi huesped generoso,
convocó a muchas damas; su ternura
no afectó mi virtud, pero me hicieron
bailar y vive Dios que me rindieron.

El puerto visité: con mil honores
 en las galeras regias recibido
 Marte y Neptuno amables sus favores
 en mi obsequio extremaron; dolorido
 Sancho, en cambio, salió, no sin temores
 que el violento forzoso recorrido
 de la chusma de la una en la otra mano
 no le dejara al pobre un hueso sano.

Caúsome gran rubor, señoras mías,
 referir la desdicha inoportuna
 que hizo cesar en flor mis valentías
 el caballero de la Blanca Luna
 rindiéndome mató mis alegrías,
 y por mayor pesar, para porcuna
 aumentó mi dolor y humillación
 con el más espantoso revolcón.

¡Siempre los paladines esforzados
 cuyos hechos hicieron famosos,
 tuvieron enemigos enconados
 y encantadores ruines que envidiosos
 de su renombre y gloria conjurados
 contra ellos, por los medios más odiosos,
 las proezas más puras estorbaron
 y en derrotas sus triunfos trasformados.

La Historia igual de mis hazañas
 es en nuestra nación ya conocida,
 y por dicha también gentes extrañas
 conócenla en sus lenguas traducidas:
 el ingenio mayor de las Españas
 con gracia insuperable, fenecida
 dejó tamaña empresa, destinada
 a pluma tan sublime y bien cortada.

Quiso en mí el escritor maravilloso,
que admiración será de las edades,
combatir el influjo pernicioso
de obras que solo encierran necesidades:
quiso dejar al mundo en primoroso
relato de ficciones y verdades,
un tesoro de chistes y enseñanzas
a los Quijotes y los Sancho Panzas.

Un sentimiento noble; la ironía
contra vicios sociales arraigados;
la censura contra la hipocresía;
la condena de sueños exaltados;
el ridículo a humana tontería;
la crítica á escritores endiosados,
atesora en sus páginas brillantes
la sátira admirable de Cervantes.

Libro que, cual la Biblia, el mundo entero
podrá leer en su nativo idioma;
el más docto, profundo, verdadero,
fundamental y grande, que ni Roma
ni Grecia produjeran; el primero
y superior a todos, aunque en broma,
con ejemplos, sentencias o razones
analice las más graves cuestiones.

¡Gloria al grande escritor, al inmortal
maestro de la historia de mi vida,
elocuente, magnífico, genial,
en mármoles y bronce esculpida
deja con su talento sin rival,
la humanidad entera agradecida
a Miguel de Cervantes, lo proclama
superior al ingenio de más fama!

Y aquí, nobles princesas y Señoras,
pongo punto final a mi discurso:
con vuestra gracia y artes seductoras
a este grande dignísimo concurso
habéis hecho pasar alegres horas:
yo, pecador de mi, realicé el curso
de mi vida, novel judío errante
como perfecto caballero andante.

Fin



MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Pesetas.

Número.....1927 | Precio de la obra.....
Estante...90 | Precio de adquisición
Tabla.....6 | Valoración actual.....
Número de tomos..

11

1921.

VARIOS